

Luis Jiménez de Asúa

JOSE INGENIEROS: EL ANIVERSARIO DE SU MUERTE.

LUIS JIMÉNEZ DE ASÚA

Forma de citar: Jiménez de Asúa, L. (2025). José Ingenieros: el aniversario de su muerte. *Prisiones. Revista electrónica del Centro de Estudios de Ejecución Penal*, 8, 119-122.

Recibido: 10-10-2025 | Aprobado: 15-10-2025 | Publicado en línea: 23-12-2025



This work is licensed under a [Creative Commons Attribution-NonCommercial 4.0 International License](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

Luis Jiménez de Asúa

JOSE INGENIEROS: EL ANIVERSARIO DE SU MUERTE.

Luis Jiménez de Asúa

Hizo ya un año que murió José Ingenieros. Le mató un mal enmascarado hasta pocas horas antes de su muerte, y él mismo puso el antifaz a su padecimiento acallando el dolor denunciante con analgésicos.

El rápido final fue una sorpresa de aguda pena para los amigos que le admirábamos. El 31 de octubre de 1925, en cuya mañana se extinguió Ingenieros, lo supe por teléfono en Buenos Aires, donde acababa de llegar, tras larga ausencia en el interior de la República. Sólo pude ya seguir la carroza mortuoria, en el cortejo nutridísimo y selecto que acompañó el cadáver al cementerio.

Ligué con Ingenieros un trato tan corto como intenso, una amistad profunda y alegre, originada en afinidades de caracteres y temperamentos, más que en puntos de vista científicos, de los que no gustaba hablar en las conversaciones cotidianas. Le conocí en 1923, cuando mi primer viaje a la Argentina. El año 1925 sólo le vi muerto. A mi llegada al país, Ingenieros bregaba en Méjico por el ánima hispanoamericana, y cuando él fondeó en Buenos Aires, hallábame yo en la Universidad de Córdoba cumpliendo mi cometido docente.

Los diarios porteños no fueron generosos con él ni en espacio ni en importancia. Los grandes rotativos se limitaron a dar la noticia con insignificantes titulares y extrema parvedad. En cambio no ha habido revista argentina de Literatura, Filosofía, Medicina y Derecho que no le haya consagrado uno o varios artículos. Así: su "Revista de Filosofía" que estaba particularmente obligada; "Nosotros", de Buenos Aires, en elegantísimo artículo publicado en abril de 1926, por Honorio Delgado, de Lima; "Renovación", órgano de la Unión Latinoamericana; "La Semana Médica"; la "Revista Jurídica y de Ciencias Sociales", publicada por el Centro de Estudiantes de Derecho de Buenos Aires, que le rinde homenaje en el número de enero de 1926; la "Revista de Criminología", que también imprime en su entrega de marzo-junio del mismo año el hermoso trabajo de Honorio Delgado; el "Boletín de la Biblioteca Nacional de Criminología y Ciencias Afines", recién fundado y dirigido por su gran amigo Eusebio Gómez, en cuyo número de julio de 1926 analiza brevemente Osvaldo Loudet *La obra criminológica de Ingenieros*; la revista de izquierda "Claridad", de Buenos Aires, que rinde tributo a la memoria del muerto inolvidable en un número consagrado a su homenaje, el 25 de octubre de 1927, y tantas otras revistas más que no han llegado a poder mío. Pero de entre los copiosos artículos de apología y de insistente comentario, destaco el libro de Gregorio Bermann *José Ingenieros*, editado en 1926 en Buenos Aires, por Gleizer, en el que analiza con encendido amor de discípulo la obra civilizadora, filosófica, moralista y *pedagógica* del gran argentino a quien los jóvenes como Bermann acatan y veneran como maestro.

I. La contribución científica y filosófica de ingenieros.

José Ingenieros murió muy joven; pero sus cuarenta y ocho años de vida fueron ejemplares de actividad. La nota más típica de Ingenieros fue la inquietud, que le

Luis Jiménez de Asúa

llevaba de un área de la ciencia a otro ámbito científico, escudriñando siempre con afán. Yo no puedo convertir este breve ensayo necrológico en un inventario bibliográfico ni en una exposición de sus actuaciones docentes y oratorias. Sus libros y publicaciones menores forman larga serie que pasa de trescientos títulos y varias de sus obras capitales han sido traducidas al francés, italiano, inglés, alemán, portugués, etc. Además fundó revistas de Criminología, Psicología y Filosofía, la última de las cuales dirigía al morir. Desde 1902 explicó cursos libres de Neuropatología en la Facultad de Medicina, y en 1904 fue nombrado profesor de Psicología experimental en la Facultad de Filosofía. Viajó largo tiempo por Europa en excursiones de estudio; asistió como delegado argentino en numerosos congresos científicos, y fue distinguido con títulos honoris cause por diferentes universidades europeas.

Sus vocaciones y actividades pasaron por períodos de varia consagración. Inició sus estudios con trabajos de Psicopatología y Criminología, siguió con otros versantes sobre Psicología, Moral, Sociología, Historia e Ideología política, Crítica y Filosofía. Esa inquietud de Ingenieros le llevó de unos territorios científicos a otros, movido por la ilusión de la verdad. Sin embargo, no fue un polígrafo y no entremezcló sus producciones. Quien haya seguido cariñosamente sus escritos ve cómo abandona los temas de Criminología para contemplar otros paisajes más dilatados, y cómo se aleja de la Psicología para tender sus manos a los problemas filosóficos, donde parece que halló, al fin, horizontes gratos a su espíritu.

Ingenieros no sentía mucho aprecio por sus obras. Era demasiado irónico, demasiado fino, para no comprender que el pensamiento ascensional del autor deja atrás la producción escrita. Sólo por uno de sus libros tuvo estimación: *Proposiciones relativas al porvenir de la Filosofía*, impreso en 1918 y editado por segunda vez en 1919. Era el discurso que debió leer al incorporarse a la Academia de Filosofía y Letras de Buenos Aires. El trabajo no fue leído por motivos que él mismo expone, y su autor renunció así al título académico.

II. José Ingenieros, criminólogo.

Los estudios criminológicos, a los que llegó por derivación de sus investigaciones psicopatológicas, forman el primer estrato de la producción de Ingenieros. Las ideas que desarrolla después se hallan ya, como un germen, en un folleto breve, pero interesantísimo, impreso en 1900, bajo el epígrafe de *Dos páginas de Psiquiatría criminal*, y en su artículo *Valor de la Psicopatología en la Antropología criminal*. Luego prosigue desgranando sus trabajos en los “Archivos de Psiquiatría y Criminología”, que comenzó a publicar en 1902 y que dirigió hasta 1911, cuya publicación se transformó luego en la “Revista de Criminología”, editada bajo el competente mando del doctor Helvio Fernández. Para dar carácter experimental a sus pesquisas, crea, en 1907, a la vuelta de su primer viaje a Europa, el Instituto de Criminología en la Penitenciaría Nacional de Buenos Aires, con el más alto objetivo científico. Sus doctrinas sobre el estudio causal del delito y sobre los delincuentes, se recopilan en la *Criminología*, que alcanza la séptima edición (texto de la sexta) en 1919, impresa por Rosso y Compañía en Buenos Aires. Es una obra un poco fragmentaria y sin carácter orgánico, pero en la que se atesoran innumerables aciertos.

Luis Jiménez de Asúa

En materia penal José Ingenieros se hizo secuaz del método seguido por los positivistas de Italia, pero bien pronto adoptó frente a la escuela italiana un acento de crítica constructiva, a partir de 1899. Su ideario personal se apoya en estas tres paredes maestras: una organización lógica del contenido de la Criminología; el predominio del factor psicológico sobre el somático en la etiología del crimen, y la clasificación psicopatológica de los delincuentes, que suscitó viva polémica entre los positivistas italianos y comentarios de subrayada estima de Lombroso y Ferri.

Con todo, los trabajos criminológicos de Ingenieros no son lo mejor de su acervo científico.

III. El político y el renovador.

José Ingenieros hizo política. No me refiero a la activa y militante, sino a la que desgrana en todos sus escritos, transidos de una noble emoción liberal y vivamente democrática. Por eso era en estos últimos diez años el más egregio animador del ideal hispanoamericano. Fue, sobre todo, a su regreso de la Asamblea Panamericana, reunida en Washington el año 1916, cuando se encendieron con más vivas llamas sus simpatías por los pueblos fraternos, y la Unión Latinoamericana, que él inspiró, unido a Alfredo L. Palacios, estaba fecundada por lo más exquisito de su esfuerzo mental.

Sus ansias renovadoras no le abandonaron un instante y en las juventudes prendió máximas esperanzas. La estudiantina de la reforma universitaria le tuvo a su lado y recibió su aplauso. Su devoción por los jóvenes fue tan superlativa, que le llevaba a temer la vejez sobremanera. “Encanecer -escribe en su libro *El hombre mediocre*- es una cosa muy triste; las canas son un mensaje de la naturaleza que nos advierte la proximidad del crepúsculo. Y no hay remedio. Arrancarse la primera -¿quién no lo hace?- es como quitar el badajo a la campana que toca el *Angelus*, pretendiendo con ello prolongar el día”.

He oído más de una vez menospreciar la labor de Ingenieros por falta de fijeza y precisión, y porque en el constante variar de puntería, muchos de sus dardos no hicieron más que herir la superficie del blanco. Yo prefiero ahora comprender en vez de criticar. La Argentina es un gran pueblo que está formándose, y los especialistas unilaterales de trabajo intensivo no son producto de épocas de crecimiento. Con frases de justeza escribe Gregorio Bermann en las últimas páginas de su gran obra sobre el maestro muerto: “Quien pretenda que ya tenemos una fisonomía orgánica y propia acaricia una cara ilusión. Aún no tenemos un alma nueva, estamos en su busca”.

Y eso es lo que hizo José Ingenieros: buscar, afanosamente y noblemente, el alma argentina.

(Tomado de Política, figuras, paisajes, Madrid, 1927)